

—¿Te aburres, Punto-Negro? — le preguntó Claudio sin volver la cabeza.

Ella no pudo responder, sofocada por un dolor intenso: el presente abrumador se imponía al futuro engañoso y apareció su vida actual, monótona, sin otros regocijos que las misas dominigueras, su madre regañona, su hotelito sumido en el silencio de los campos solitarios... y sus ojos se arrasaron en lágrimas: luego tosió, procurando serenarse; pero las figuras de los cuadros la examinaban con la mortificante curiosidad con que miran al espectador los retratos de Tintoretto, y aquello acabó de desconcertarla; Teudiselo, el terrible rey godo que valía cuatrocientas pesetas, la fascinaba también bajo sus ojos feroces... la alucinación adquirió tales visos de realidad, que Matilde Landaluce se levantó bruscamente y exclamó, aludiendo a la pregunta de Claudio:

—No... pero tenía ganas de que charlásemos un poquito...

Se acercó a él, complaciéndose en hacer sonar los tacones de sus botitas de charol sobre el suelo encerado del estudio.

VI

Insensiblemente Claudio Antúnez fué apartándose de la alegre sociedad de sus amigos, y dedicándose con mayor ahinco a su amor y a su cuadro favorito.

Punto-Negro triunfaba: en pocos meses logró hacer de su ingenio picaresco su principal atractivo; era una criatura deliciosa, que encubría cuidadosamente sus pesares, y siempre llegaba a Claudio alegre, sonriente, feliz por encontrarse a su lado, con ganas de jugar y de decir algo; jamás hizo un gesto que pudiera disgustarle, ni

pronunció una frase mortificante, y le trataba con iguales deferencias que el día en que se conocieron. Era la gran actriz adivinada por Matilde Díez; actriz anónima, más peligrosa que otra cualquiera, porque sólo empleaba las peregrinas donosuras de su entendimiento en el gran teatro del mundo.

Mujer de delicadísima complexión, tenía un temperamento de fuego, insaciable para el placer; la menor caricia ponía en conmoción la red de sus nervios, erizaba el vello de su cuerpo y aceleraba el cierzo de su sangre ardiente; y, sin embargo, tenía para los devaneos íntimos un pudor que no se vendía a la confianza.

En los grandes arrebatos pasionales, no guardaba reservas, y se entregaba con una especie de lujuria coquetona, segura del triunfo de su belleza, deseando estrecharse al ser amado para embriagarse más pronto al contacto abrasador de sus cuerpos palpitantes. Había nacido para querida, para vencer siempre por sí misma, con su ingenio y sus encantos, reteniendo a su amante sin necesidad de pedir auxilio al Código; mujer extraña, que se hubiera quitado la camisa delante de Claudio, y no se atrevía, sin embargo, a bostezar en presencia suya.

De estas cualidades iba apasionándose el pintor, y la mujer dominadora surgía insensiblemente de la hembra vulgar. En la pequeñez de Punto-Negro hallaba Claudio precisamente la idea de su querida; era imposible concebir nada más diminuto ni mejor proporcionado, ni cuerpo más chiquito que sirviese de vaso receptor a un espíritu más grande.

Quando Matilde lograba realizar una escapatoria imprevista, corría a sorprender a su amante a la plaza de Bilbao; y si calculaba, por la hora, que no le encontraría allí, iba al estudio.

La escena siempre ofrecía el mismo interés; la misma vehemencia. Ella empujaba la puerta y se quedaba en el umbral apreciando el efecto de su visita y esperando a que saliesen a recibirla. Antúnez lanzaba un grito de satisfacción y corría a su encuentro.

—¡ Punto-Negro de mi alma...!

—Chico, ¡ qué bien!... ¡ Oh!... ¡ Qué sofocada estoy!... Anda, bésame en la boca para darme alientos...

La conducía al sofá y allí se sentaban los dos, muy juntos, besándose mientras hablaban: ella refería circunstancialmente el pretexto que ideó para salir, lo que dijo su marido, el mal gesto de su madre al verla con la capotita puesta...

—Se quedaron refunfuñando — decía —, pero me tiene sin cuidado; chico, las iras de mi gente son tronadas que no me quitan el sueño. El día menos pensado, digo: vaya, abur, que esta mártir se cansó de sufrir y se declara independiente... Y me voy y doy la campanada gorda, y los mismísimos periódicos se ocupan de nosotros... o de mí sola, si acaso tú no quisieras seguir mi destino... ¡ Eso tendría la mar de gracia!... Si yo esta noche, por ejemplo, cuando vuelva a casa llamase a mi madre y a Pablo, y después de reunirles en el comedor les dijera: Ea, señores, llegó el momento de la emancipación; ¿no entienden ustedes?... Lo creo, porque estáis reñidos con la gramática y el sentido común: pues, hablando en plata, declaro: que estoy harta, pero muy harta de vosotros, y me largo de aquí... ¿Eh?... Vaya un zafarrancho que se armaría, ni en Trafalgar... Y luego, lo peor que podría sucederme era que tú te hubieses metamorfoseado repentinamente en hombre formal y me dieras con la puerta en los hociquitos, que es lo que suelen hacer los enamorados no bien comprenden que el lance va de veras...

Y mientras ella charlaba, él reía bonachón, incitándola a seguir hablando.

En aquellos momentos el estudio era para ellos el rincón más delicioso de Madrid. Claudio se volvía loco de atar, y ella se entregaba a su pasión, excitada por el cansancio de la caminata y la novedad del sitio, sin preocuparse del patilludo Teudiselo ni de los retratos, que les acechaban desde el fondo de sus cuadros. Después Antúnez reanudaba su trabajo y Matildita, con el devoto encogimiento del catecúmeno que va a conocer los secretos de una religión poderosa, le seguía en su tarea, observando sus gestos, silenciosa, admirada de ver el hilo de palpitante inspiración que parecía manar del pincel de Claudio, y experimentando la sorda agitación que conmovía a éste en su lucha creadora.

El cuadro iba muy adelantado. El retrato de Dante estaba concluido; era una figura altiva y severa, resplandeciente de genio: de su rostro sólo se veían la nariz aguileña, los finos labios, la barbilla saliente, las mejillas demacradas, los ojos grandes, finos, penetrantes, mirando las cuartillas colocadas sobre la mesa, entre sus codos abiertos, esperando el soplo de su fantasía para vivir y perpetuar las fugitivas creaciones del cerebro; el cuello extendido, las espaldas apoyadas sobre el respaldo del recio sillón claveteado, las flotantes vestiduras monacales cayendo en pliegues caprichosos alrededor del nervioso cuerpo, las piernas cruzadas y rígidas, como procurando favorecer el trabajo mental con la titánica contracción de sus músculos; la frente desaparecía bajo su mano izquierda; mano seca, velluda, de venas muy pronunciadas, cuyos largos dedos parecían escarbar el cráneo. En aquel semblante lívido, en aquella boca contraída dolorosamente, en aquel gesto desesperado de hombre que sufre un suplicio se-

creto, expresó Claudio sus torturas de artista, su fiebre de inmortalidad: así estaba él delante de sus lienzos, como el poeta de Rávena ante sus cuartillas; y todo lo expresó bien, porque era un dolor demasiado real para que la forma, siempre perezosa y tardía cuando trata de vestir asuntos mal precisados, se negase a corresponder entonces a tan intenso pensamiento. Dante tenía que quedar retratado con ese rostro agónico que tienen los mártires de Ribera, porque aquello era el espíritu entero de Antúnez, derramándose en una sangría de pintura melancólica: él, cuando trabajaba, era así, como el cantor de Beatriz: un mártir del arte, sin nervios, ni carne, ni otra pasión que la de inmortalizarse creando.

La pantera con que el poeta simbolizó la lujuria, también estaba concluida. Claudio la había dibujado en actitud soberbia: los cuartos traseros vueltos hacia el espectador, la cola ondulante de fiera impaciente que se azota con ella los flancos, el lomo arqueado, como si fuese a saltar; era la imagen del pecado acechando una debilidad de la carne del poeta para arrojarse sobre él y devorarlo. El efecto estuvo magistralmente calculado: junto a aquel animal flexible y sanguinario, que brincaba hacia adentro, encarnación magnífica de la pasión más devoradora, resaltaba mejor la ascética frialdad de Dante, reconcentrado en sus pensamientos; era Ormuzd venciendo a Ahrimán, Eva pisando la cabeza de la serpiente tentadora.

Las figuras que más preocupaban a Claudio eran las del ángel de la fama y Beatriz; estas dos creaciones ofrecían para él dificultades casi invencibles, especialmente la última, personificación del amor ideal, refractario en absoluto a su temperamento de hombre sanguíneo.

Beatriz es la mujer más abstracta de todas las mujeres cantadas por los poetas.

Beatriz era un ensueño de anemia, un jirón de neblina, el disco luminoso de la luna reflejándose en la temblorosa superficie de un lago; era lo impalpable, lo que no está sujeto a las leyes físicas, ni puede someterse a cálculos; lo inconcebible de la idealidad. Claudio Antúnez no supo cuán difícil era el retrato de la musa dantesca, hasta que hubo de pintarlo. El no comprendía el carácter de Beatriz; su arquetipo femenino era menos vago, y cuando se vió obligado a materializar la noción etérea de una mujer que vive en la Gloria y ama sin que sus nervios influyan en aquel amor místico, sintió que la inspiración le faltaba.

Pero su voluntad venció su repugnancia y empezó a trabajar; la imaginación concebía hostigada por el deseo; conforme la figura surgía del lienzo, la idealización se acentuaba, reforzada por el colorido, y al fin apareció del todo: aérea, sutil, esfumada en una aureola luminosa: Antúnez agotó con ella el color blanco de su paleta; el carmín le asustó y únicamente lo empleó en los labios, pero con mucha prudencia. En las mejillas, en las manos cruzadas sobre el pecho, en sus ropas flotantes, en su frente, sobre todo, derramó los reflejos del alabastro; era una figura de marfil que tenía esa actitud resignada y triste de las estatuas yacentes que adornan los sepulcros de las catedrales antiguas: las cejas y las pestañas apenas eran perceptibles, su cabellera rubia aparecía velada por una sutilísima gasa; mostrábase tranquila, observando con los ojos bajos las cruces que formaban sus manos unidas. Esta figura marmórea sólo ofrecía un signo de vida: la tímida línea roja de sus labios; unos labios que, por la escasez de carmín, parecían de tísica.

Aquella imagen era la de una virgen muerta;

uno de esos espíritus doloridos de que hablan las leyendas, un copo de nieve manchado por una gotita de sangre...

Claudio, por su gusto, no hubiera dado a Beatriz aquel aire de monjil recogimiento, ni aquella hermosura insensible de piedra bien tallada; pero un sentimiento pueril de respeto, le impidió modificar el retrato de la mujer descrita por Dante en su poema, y decidió reservar su creación favorita para el ángel de la fama, que recordaría su querido ensueño de ojos verdes y pelo rubio, símbolo de los amores místico y profano.

Mas cuando ya estaba terminada la figura de Beatriz, tropezó con la dificultad de no saber pintar sus pies: Beatriz flotaba en un vapor luminoso y sus pies aparecían por debajo de la túnica y a corta distancia del suelo; eran unos pies duros, desprovistos de idealidad, contraídos por un esfuerzo violento, como los de Moisés y Elías, en la copia hecha por Sanzio de *La Transfiguración*, de Rafael, y que pesaban cual lingotes de plomo.

Entonces comprendió Claudio el gran escollo del cuadro *La Transfiguración*: Sanzio había luchado con él sin vencerle; en vano iluminó los semblantes de Cristo, de Elías y Moisés con los resplandores de la fe, e hinchó los amplios pliegues de sus vestiduras flotantes, cual si un viento huracanado las agitase; aquellas tres figuras no subían al cielo atraídas por una fuerza superior, sino impulsadas por un brusco movimiento de los músculos extensores de sus piernas; y aunque el artista pintó con admirable habilidad el pánico que la transfiguración puso en cuantas personas se hallaban en las faldas del monte Tabor, Newton triunfaba, y aquellos personajes suspendidos en medio del cielo azul, se caían solos. Este mismo obstáculo detuvo a Claudio; los pies de Beatriz, a pesar de su blancura y de su pequeñez, destruían

la idealidad del conjunto, y la imagen, aunque flotando en el aire, se arrastraba por el suelo.

Una de las tardes en que Matilde fué al estudio, encontró al pintor empeñado en esa porfía.

—Beatriz me tiene desesperado — decía Claudio —; quince días de trabajo he invertido para dejarla como la ves, y de ahí no puedo pasar.

—Claro; ¿cómo ibas a pasar de los pies, si el cuerpo de esa niña concluye ahí...?

—Demasiado comprendes lo que quiero decir. Con esto, por tanto, demuestro ser un pintor de brocha gorda que no sabe terminar airosamente lo que empieza.

—No, con esto queda probado que eres un mediano zapatero... ¡Chico, cómo me gusta verte de mal humor!...

—Me parece que hay motivos para suicidarse. Punto-Negro se echó a reír.

—¡Eso tiene la mar de gracia!...

Antúnez, que andaba de malísimo humor cuando ella llegó, había depuesto su actitud hostil; Matilde estaba a su lado, apoyando su cabeza sobre un hombro de él, y se había recogido un poco las faldas para mirarse los pies; Claudio, sentado delante del cuadro, con la paleta y los pinceles en una mano, los miraba también.

—Veamos — dijo Matilde —, ¿qué tienen los pies de Beatriz, señor pedicuro?

—Prosa.

—¿Prosa?... Es decir, ¡juanetes!...

—No está mal — repuso Claudio riendo con su acostumbrado buen humor —, pues también los juanetes son prosaicos; pero la prosa de los pies de Beatriz, es muy mala, prosa incurable, prosa de folletín... Figúrate, chiquilla, que los pies de esta Beatriz están llenitos de prosa o de juanetes, desde la punta del dedo meñique hasta los tobillos, y calcula mi desesperación al haber en-

gendrado un ángel juanetudo; soy el Segismundo de los padres... ¡Qué fatalidad maldita!... esos pies son de mercurio, a juzgar por su blancura y su peso...

—Matilde examinaba la figura de Beatriz y, aunque hacía con la cabeza gestos dubitativos, no halló nada que la desagradase; de pronto volvió a reír, con aquella risa nerviosa que inspiraba a Claudio deseos de morder.

—¡Chico — exclamó—, si estuviese aquí tu patrona, diría que estos pies eran prosaicos *por demás*...! ¿Qué te parece...? Eso tendría la mar de gracia; era cosa de preguntárselo, ¿eh?... y decirle: doña Teresita, ¿qué piensa usted de eso?... Que es *por demás*, ¿no es eso?... ¡Chico, parece que estoy oyéndola!...

Reía con toda su alma, echando el cuerpo hacia atrás y dando traspiés como si la mucha risa le hiciese perder el equilibrio. Claudio rió también.

—¿Y los míos — añadió ella recogiendo las faldas—, son prosaicos?...

—¡Quita de ahí!... Tus pies son dos pedacitos de porcelana hechos para andar por casa prisioneros en sandalias de plumas.

Ella, parada en medio del estudio, se los miraba y sonreía, satisfecha de tenerlos tan bonitos.

—Es la parte de mi personita que más piropos ha merecido — dijo—, y por eso los cuido tanto; no me importa ir mal vestida con tal de tener buena ropa interior, buena media y buen zapato... Es una manía que no puedo echar a puerta ajena, y siempre que salgo a la calle me arreglo como si fueras a verme tú. Chico, ¿qué quieres?... caprichitos de Punto-Negro...

Claudio la miraba distraído, luego dijo:

—Quiero que te desnudes un pie; acaso viéndotelo surja alguna idea original que me saque ai-

roso del atolladero donde mi torpeza me ha metido.

Ella hizo un picaresco mohín de displicencia.

—Hombre, no... ¿qué humorada es ésa?...

Sin saber por qué, era refractaria a mostrar aquella parte de su cuerpo; creía que un pie pequeño y bien calzado, es bonito, pero que perdía sus encantos al quedar desnudo: los pies eran una de sus mayores coqueterías y uno de sus pudores más grandes, tanto, que se hubiese mostrado ante cualquiera como se ofreció a Perseo la seductora Andrómeda, con tal de conservar las medias y los zapatitos puestos. Dominada por este pensamiento y no queriendo negarse al deseo del pintor, se acercó a él despacito, balanceando el cuerpo, el ceño fruncido, como esos chicos que han estado llorando, y que luego, más consolados, se llegan a su padre para recibir el beso de paz o el juguete, causa del lloriqueo, y después le enlazó los brazos al cuello, escondiendo su cara contra el pecho de Claudio y ronroneando como los gatos cariñosos.

—¿Pero es cierto que quieres verme sin medias?... Tontín, mis pies no pueden inspirarte nada; aquellas Galateas que prestaban con sus piecitos blancura a las espumas marinas, acabaron ya; de rodillas abajo yo también soy prosaica...

Pero tanto porfió Antúnez, que Matilde hubo de ceder; por consejo del pintor subióse encima del sofá, las faldas recogidas y el pie derecho colgante y desnudo, destacándose fuertemente sobre el fondo verde musgo; sobre el suelo había dejado los zapatos, la liga y media negra, salpicada en su parte interior de motitas rojas; y como tenía que apoyarse en la pared para no caer, se burlaba a carcajadas de sus equilibrios.

—Si alguien viniese ahora — decía—, pensa-